

Un Economista Cubano en Panamá

por

Jorge A. Sanguinety

Regresé a Panamá a mediados de enero de 1990, unos días después de la invasión. Todavía el aeropuerto estaba tomado militarmente por las fuerzas armadas de Estados Unidos. La ciudad aún vivía el trauma de la guerra aunque ésta había sido corta y limitada.

Unos días antes había recibido una llamada conjunta de los gobiernos de Estados Unidos y el recién instalado de Panamá. Me habían pedido que buscara un grupo de economistas para que, al frente de ellos, fuera a asesorar al nuevo gobierno en la recuperación económica del país. Los dos años y medio de crisis del gobierno de Noriega habían dejado al país en una situación económica muy difícil, tanto en el frente nacional como en el internacional.

Pero el problema no era simplemente echar a andar la economía panameña. El país tenía un alto nivel de desempleo y se necesitaban inversiones nuevas para reducirlo. Por otra parte, los acuerdos Carter-Torrijos sobre la transferencia del canal a manos panameñas estipulaban también la salida de las bases militares estadounidenses. Estas instalaciones militares, mientras garantizaban la seguridad del sistema canalero, dejaban millones de dólares de ingreso a Panamá, lo cual era de gran importancia para la economía nacional. Su pérdida se haría sentir y era necesario encontrar fuentes alternativas de ingreso. En síntesis, se suponía que para atacar todos estos problemas de manera expedita, Panamá necesitaba préstamos externos, pero para lograrlos se requerían reformas profundas a las que se oponían poderosos sectores del país.

El trabajo de los asesores económicos consistía en identificar todas las reformas necesarias a la economía, formularlas con precisión y ayudar a los funcionarios panameños en su implantación. El problema central radicaba en que Panamá es un país caro para las inversiones, de modo que cualquier inversionista, extranjero o panameño, encuentra mejores oportunidades de inversión en otros países. Erróneamente, muchos le atribuían esa condición a su sistema monetario, que está basado en el dólar. No se daban cuenta de que la condición de caro surgía por las muchas distorsiones que artificialmente habían sido impuestas sobre la economía para satisfacer a unos pocos en desmedro de muchos.

Por ejemplo, en Panamá hay muchos alimentos que no se pueden importar libremente porque están restringidos por una combinación de cuotas y de impuestos de importación. Esto hace que el consumidor tenga que pagar un precio más alto y el productor o distribuidor protegido gane mucho más de lo que debiera. Para enfrentarse a los precios más altos, los trabajadores sindicalizados (que no son más que el 10 por ciento de la población trabajadora) exigen niveles y formas de compensación que elevan el costo de la mano de obra a niveles que muchos empleadores no pueden afrontar. En consecuencia, hay desempleo y el empleo que existe está generalmente ubicado en empresas protegidas. Las “conquistas” laborales son, en este caso, para beneficio de unos cuantos.

Por otro lado, los ministerios y las empresas estatales como las de teléfono, agua y electricidad son muy ineficientes y cobran tarifas (especialmente en electricidad) mucho más altas de lo debido. Esto resulta de la ineficiencia intrínseca de la empresa estatal sumada a las enormes presiones para que las mismas generen empleo artificial, o sea, empleo que no es necesario, pero que hay que pagar. A este cuadro hay que sumar una larga lista de anomalías, que afectan, entre otros, el transporte de carga, la seguridad social, los usos del canal, el sector del combustible y la calidad de la enseñanza técnica y universitaria.

Cuando este economista y sus asesores (principalmente uno panameño) propuso políticas económicas congruentes con los intereses del país y contrarias a la de ciertos grupos privilegiados, fuimos veladamente amenazados en diversas ocasiones. El gobierno del presidente Endara no consiguió aplicar reforma alguna.

La gran ironía era que ese gobierno fue derrotado por el mismo partido político echado del poder por la invasión, el que había sido de Noriega. Perdieron por olvidarse de las mayorías.

Ahora, el presidente Balladares quiere hacer las reformas de marras. Pero, los intereses que se oponen a ellas están intactos. La democracia panameña ayudó a Balladares a ser presidente, pero la misma no parece ser lo suficientemente fuerte como para que se logren las mejoras necesarias. La democracia, para ser duradera, debe servir de marco para mejorar un país, no de excusa para mantenerlo estancado.

Octubre de 1996